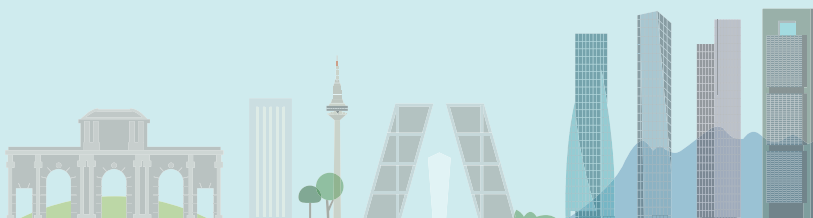


PATTY McMAHOU

*Olvidate  
de la lotería*



*y dejá que te  
toque yo*



*Olvídate de la lotería  
y deja que te toque yo*

Patty McMahou

Esencia/Planeta

© Patty McMahou, 2018  
© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Imagen de la cubierta: Ideyweb – Shutterstock  
© fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: junio de 2018  
ISBN: 978-84-08-19029-5  
Depósito legal: B. 13.371-2018  
Composición: David Pablo  
Impresión y encuadernación: Rodesa  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## Capítulo 1



No hacía más que remover el contenido de la taza que tenía delante de mis ojos. Con una de mis manos daba vueltas en sentido contrario a las agujas del reloj y, por desgracia, no tenía visos de que pudiera parar en ningún momento cercano. La otra no hacía ningún tipo de movimiento, ni siquiera para sujetar la taza para evitar que se cayera.

Desde el instante en que me pasó y vi lo que nunca imaginé que me sucedería en la vida, tenía lapsus que me hacían sentir que eran los extraterrestres los que me estaban usando como cámara, ya que ni parpadeaba ni hablaba, aunque continuaba haciendo lo que estuviera haciendo de forma automática. Y la culpa la tenía él. Sí.

Yo, mientras tanto, seguía moviendo el líquido en la taza al tiempo que mi mente regresaba a aquella fatídica y asquerosa tarde de otoño en la que emprendería lo que se suponía iba a ser el principio de un difícil pero bonito camino.



Miré el reloj un par de veces. En realidad, no había parado de hacerlo desde hacía más de tres horas mientras esperaba a que llegara el momento.

Sentía que los nervios me iban a comer desde dentro. Claro..., ¿desde dónde, si no, me iban a comer? Acudió a mi mente una imagen marrana a lo «The Walking Dead», ahí, toda carcomidita. Pero bueno, si pensaba en lo de «desde dentro»...

Me revolví en la silla de la clínica de reproducción asistida. Sabía que mi llegada no había sido a la hora indicada, sino muchísimo antes, presa del miedo a lo desconocido. Me ponía muy ner-

viosa pensar en todo lo que estaba por pasar. Y, además, esperaba que Manuel llegara de un momento a otro para la primera visita.

Ya llevábamos cerca de un par de años intentando ser padres de manera natural, y nuestros esfuerzos, que eran intensos y satisfactorios desde todos los puntos de vista, no habían sido fructíferos de ninguna de las maneras. Desgraciadamente, habíamos descubierto que mi marido tenía los espermatozoides vagos. Todavía recuerdo las risas que me eché, por no llorar, pensando en sus «bichitos» con gafas de sol, una cerveza en una mano y viendo un partido de «huevos» (permitidme este humor tan básico). Así, como últimamente él llegaba del trabajo a casa: vago.

Estaba echando por enésima vez la vista a mi muñeca para confirmar que no había pasado más de medio minuto desde la última que lo había hecho cuando mi teléfono vibró. Era Manuel, que me enviaba un mensaje para informarme de que por culpa de una reunión de última hora no podría venir a la clínica a acompañarme para la primera visita con el médico. Que lo sentía mucho, pero que prometía que en la siguiente ocasión no ocurriría. Que, además (palabras textuales), era simplemente para visitarme y hacerme los primeros exámenes *a mí*.

Suspiré contrariada. Pensé que quizá eso sería lo suficientemente importante como para que aparcara durante un rato (pues sólo le pedía un rato) su trabajo y así estar juntos en ese importante momento en el que nos ayudarían a formar una familia. Pero no, para él su trabajo siempre era lo primero...

—¿Daniela Quintana? —oí que me llamaban desde la recepción, lo que hizo que despertara de mi ensimismamiento y de mi incipiente decepción.

—Sí, yo.

Me levanté como un resorte y salí disparada hacia el lugar en el que aquella mujer vestida impolutamente de blanco había dicho mi nombre.

—Siento comunicarle que el doctor no va a poder recibirla por una urgencia familiar —me explicó con una parsimonia aluci-

nante y una máscara por cara—. Pero volveremos a citarla para la semana que viene a la misma hora.

Mi expresión, cuando lo estaba diciendo, debía de ser todo un poema, porque inmediatamente continuó sin yo pedirlo:

—No se preocupe, verá cómo todo saldrá bien —lo dijo con la misma expresión facial: ninguna.

Asentí tontamente dándole las gracias y caminé rumbo a la puerta de salida. No era la única que estaba allí, pero sí la que probablemente más idiota se sentía en esos momentos. Sola, frustrada y enfadada con Manuel por no venir conmigo a esa trascendental cita. Él había sido el que había insistido sin parar durante mucho tiempo en ser padres, a mí me daba igual serlo o no, pero lo que no entendía era que me dejara sola.

Caminé pensando en lo desolada que estaría mi casa al llegar. Desde que mi marido había cambiado de trabajo, pasaba muchas más horas encerrado en el despacho que en nuestra vivienda, así que me esperaban horas de aburrimiento viendo «Sálvame» hasta que otro programa de otra cadena comenzara. Y decir «ver» es mucho decir, porque la mayoría de las veces dejaba ese programa de fondo para sentirme acompañada mientras me dedicaba a otros menesteres. No tardé más de quince minutos en llegar a mi casa, tras bajar tres paradas después de entrar en el metro. Y, como a esas horas iba más vacío de lo habitual, hasta había podido sentarme, aunque no tuviera ganas. Lo hice porque a la hora en que normalmente lo cojo nunca puedo hacerlo. Me dio un ataque de rebeldía mental, muy tonto, pero que muy tonto, ¿eh?

Me costó más de lo normal encontrar las llaves del portal. Aquella mañana había cambiado de bolso tan rápido que lo había arrojado todo dentro sin mirar en qué lugar dejaba cada una de las cosas. Así que me sentí más como Indiana Jones buscando cualquiera de sus «mierdas» que yo misma tratando de dar con unas puñeteras llaves para entrar en casa.

—¡Me cago en la madre que pari...!

Después de un rato, mientras gritaba a todo pulmón por no encontrar las llaves, uno de mis vecinos me abrió la puerta, cortando el improprio.

—Buenas tardes —me dijo muy educadamente, a lo que respondí de igual manera mientras lo dejaba salir para acto seguido atravesar el umbral de portal.

En el ascensor seguí buscando las malditas llaves, que al parecer se escondían más que el Yeti en el Himalaya. Ya sabéis, ese del que todos hablan; algunos dicen haberlo visto, pero nadie tiene fotos a su lado...

Cabreada ya como una mona falta de plátanos, al llegar al rellano de mi piso volqué todo el contenido del bolso encima del felpudo, pero tampoco tuve la suerte de encontrarlas. Quiso el destino que, de la mala uva, tirara el puñetero bolso al suelo y el soniquete inconfundible de las llaves se colara en mi agudizado oído arácnido. Me agaché a por él y, después de darle innumerables vueltas, me di cuenta de que el forro estaba roto y se habían colado por ahí.

«¡Hala! ¡A lo loco!»

Hice malabarismos para abrir la puerta a la vez que metía todas las cosas en el bolso de nuevo y no fue hasta que estuve en el interior de mi casa cuando me percaté de lo que sucedía al deslizar mis ojos por el suelo.

Ropa.

«¿Por qué coño hay...?»

Camisa blanca casi sin forma.

Camisa de hombre azul.

Falda verde botella horrorosa.

Pantalón gris oscuro.

Deportivas blancas.

Zapatos de hombre.

Algo pasaba, y si mi intuición no me fallaba —que yo soy muy lista, eso quiero dejarlo claro—, lo que fuera que estuviera pasando estaba sucediendo en MI habitación. En NUESTRA habitación.

De repente sentí cómo una sensación indescriptible me subía por la tripa hacia la cara. Me estaba poniendo colorada. No sé si era miedo, nerviosismo o pánico, pero con un nudo apretando la boca de mi estómago me dirigí al salón. En él encontré las bragas y el sujetador de aquella mujer que se hallaba dentro con aquél (no quería pensar que sabía quién era) que también había dejado los calzoncillos tirados en el suelo.

Ya lo he dicho, no quería imaginar ni creer, pero una es muy lista...

Sin embargo, que una sea muy lista no quiere decir que estuviera preparada para lo que vendría inmediatamente después, para los ruidos que salían de MI..., de NUESTRO dormitorio, que no dejaban lugar a dudas. Allí, dos personas estaban practicando sexo y, además, de manera tan ruidosa que comprendía a la perfección que ni siquiera me hubieran oído abrir la puerta ni el escándalo que había formado para entrar en mi hasta la fecha apacible hogar.

Respiré varias veces intentando evitar lo inevitable. De hecho, simplemente deseaba que todo lo que estaba viendo antes de tener la evidencia frente a mis ojos tuviera una explicación, aunque fuera ridícula. Pero la realidad es tozuda.

No.

Di un par de pasos más para colocarme frente a la puerta de la habitación. Pero fueron la desolación, la tristeza y la rabia las que me golpearon de repente.

Manuel estaba tumbado en la cama mientras una mujer de larga cabellera rubia lo cabalgaba de manera desbocada. Él tenía una mano en uno de sus senos y la otra agarrándola por la cintura. Sus ojos estaban cerrados por el placer que experimentaba mientras la mujer posaba sus dos manos en los hombros de mi marido para sujetarse durante sus movimientos embravecidos.

Pensé en marcharme en ese preciso instante al no sentirme descubierta, desaparecer y así fingir que lo que estaba viendo no era real. No sé, hacer como si no existiera y aparecer por casa



cuando todo hubiese terminado. Preguntarle qué tal el día y luego, poco a poco, desaparecer con cualquier excusa.

Pero era en esos momentos cuando tu cerebro decidía hacer las cosas más extrañas. Y eso fue lo que el mío decidió por mí entonces. Di media vuelta, dejándolos a lo suyo, para hacer una cosa tan rara como marcharme tranquilamente al salón, cerrar la puerta con cuidado para no ser descubierta, sentarme en el sofá y ponerme los cascos del teléfono móvil con la música a todo volumen y así no tener que oír nada.

Mi capacidad mental alcanzó niveles extraños, mi cabeza no quería parar de dar vueltas en ningún momento. Mi maquiavélico cerebro sólo me gritaba de manera histérica que entrara en aquella habitación con aceite hirviendo y se lo echara justo cuando se estuvieran corriendo. (Sí, también tengo un lado salvaje y psicópata que hasta ahora he mantenido a raya. Y espero continuar haciéndolo, por mi bien y el de los demás.)

Y allí estaba yo, escuchando música tradicional camboyana (lo había decidido Spotify, no yo), mientras mi marido follaba con una rubia en NUESTRA habitación.

La verdad es que no sé realmente el tiempo que estuve esperando a que la puerta que comunicaba el dormitorio con el salón se abriera. Pero finalmente sucedió.

Yo estaba sentada en un lugar donde a primera vista no podían verme. No lo había hecho conscientemente, pero estoy segura de que mi mente psicópata sí, como en las películas de asesinos a los que les mola matar de forma perfectamente maquinada.

Por fortuna, yo no era así. No todavía.

—Menos mal que nos ha dado tiempo. —La voz de la chica, que entraba desnuda en el salón, me alertó y casi me sorprendió.

—Si mi mujer no llega a tener médico, no podríamos haber hecho nada durante tu descanso —oí que decía Manuel y, después, algo parecido a un asqueroso y desagradable beso.

—Voy a vestirme, que tengo que volver a bajar al súper.

«¡La cajera! La madre que me parió...» La rubia era la cajera

que siempre nos atendía en el supermercado de abajo. «¡Hija de puta!»

—No encuentro las...

—¿Bragas? —terminé la frase por ella mientras extendía mi brazo, en cuya mano sujetaba un bolígrafo del que pendía la prenda, igualito que si fuera un policía de cualquier serie americana tipo «CSI» mostrando la prueba de un crimen.

—¡Daniela! —Manuel tapó sus vergüenzas mientras la rubia recogía toda la ropa a velocidad supersónica y desaparecía de mi vista.

—No se te ocurra decir nada y, por favor, no seas tan ridículo de taparte. Te he visto en situaciones peores. —Le hablé con tal frialdad que me sentí como la mismísima Isabel Pantoja enfrentándose a los paparazzi.

—Daniela, esto...

—Va, venga. Lo termino yo por ti —solté suspirando—: no es lo que parece.

—Daniela.

—¡Para ya! —No lo soportaba más—. ¡Me vas a gastar el puto nombre!

Oí cómo la puerta de la calle se abría y se cerraba casi al mismo tiempo. Imaginé que Carol, que así era como se llamaba la puticajera del súper, acababa de vestirse y marcharse.

—¿Desde cuándo? —Fue lo único que me salió en ese momento.

—Da... —De nuevo comenzó a balbucear mi nombre.

—Voy a volver a preguntártelo y espero una respuesta: ¿desde cuándo?

—Dos meses.

Suspiré al darme cuenta de que ése era exactamente el tiempo que llevaba trabajando en el nuevo empleo. Las piezas encajaron de manera automática. No llegaba tarde a casa por el trabajo, no se quedaba en la oficina haciendo algo: estaba con ella follando como un loco mientras yo estaba en casa esperando a que llegara.

—Y yo pensando que... —Me rompí, no pude más y me eché a llorar.

—Lo siento, la culpa fue de la presión con el embarazo y todo el lío.

—Fue culpa tuya —logré decir entre hipidos—, tu puñetera culpa. Tú querías hijos... ¡Fuiste tú!

—Daniela, cariño... —Intentó ponerme una mano encima.

—¡Te he dicho que no vuelvas a nombrarme! ¡Que te calles!  
—grité finalmente desesperada.

—Yo no quería que...

—Volveré un día en que no estés, recogeré todas mis cosas y esto se habrá terminado. —Me levanté casi corriendo.

—Vamos a hablarlo, por favor.

—Esto se ha terminado, Manuel. ¡Vete a tomar por culo!

★ ★ ★

—Toc, toc... —Noté un par de golpecitos simulados en mi cabeza—. ¿Los extraterrestres te están usando como cámara otra vez?

Y allí estaba él, Gabriel. Mi salvavidas. Mi ángel de la guarda. Mi amigo.

Aquella fatídica tarde me encontré sola, en la calle y sin saber qué hacer mientras veía que en mi teléfono móvil no paraba de recibir llamadas del que muy pronto sería mi exmarido.

Las cosas no pasan porque sí. Y en aquel momento en el que me dedicaba a borrar todas y cada una de las llamadas y los mensajes de Manuel, apareció su nombre: Gabriel.

Sentí una pequeña punzada en el corazón. Hacía muchos años que no nos veíamos. Más de seis, casi desde que me había casado. Pero sólo podía pensar en él y, hecha un mar de lágrimas, pulsé el botón de llamada en mi móvil cruzando los dedos para que descolgara el teléfono y me hablara.

Gabriel no sólo me acogió esa noche, sino que desde hacía ya más de seis meses estábamos viviendo juntos.

Mi primer amor, el hombre con el que descubrí el sexo, me recibió en su vida con los brazos abiertos después de todo lo que nos separaba. También debo decir que, a la vez que los dos descubrimos el sexo juntos, él también descubrió que lo suyo no era follar con mujeres.

Sí, mi primer amor es gay y lo supo después de estar conmigo. Eso puede hacer que cualquiera se plantee muchas cosas sobre su sexualidad, su personalidad y su amor propio, pero ahí estaba yo, intentando volver a ser la mujer que había sido antes de que Manuel entrara en mi vida y yo olvidara todo cuanto fui. Recogiendo los pedazos de mí que aún quedaban esparcidos por el suelo y que, poco a poco, y como si de un rompecabezas se tratara, iba poniendo en su sitio. Pedazos rotos de mí que iban tomando su forma final gracias al tiempo. Uno que a veces pasaba tan lentamente que dolía más de lo que nunca habría imaginado.

—¿Holi? ¿Hay alguien ahí? —volvió a preguntar.

—¿Eh? ¿Ya has ido al baño? —intenté disimular mi regreso mental al pasado.

—Sí, y creo que he vuelto a enamorarme.

—Tú tienes un problema, querido —le dije con una media sonrisa.

—Creo que el contrario a ti. —Puso los brazos en jarras—. Deja de pensar ya en ese retrasado mental y comienza a disfrutar de esto que estamos haciendo.

De manera teatral, abrió los brazos poniéndolos en cruz para dar vueltas como la mismísima María de la película *Sonrisas y lágrimas*, mezclado con algo parecido al giro de Bisbal. Muy raro..., se mirara por donde se mirase.

Vamos, que le quedó un churro de giro que lo mareó más que un chupito de Jägermeister.

—Si ahora te pones a cantar con la voz de Julie Andrews, prometo que me levanto, me vuelvo *mu* loca y hago el coro de niños entonando las notas musicales.

—Oish —se quejó apoyándose en la mesa donde reposaba mi

bebida mientras pasaba de mí—, qué pedo más tonto me acabo de pillar, y qué barato.

—¡Do! —Hice además de levantarme de la silla al sentirme completamente ignorada.

—Vale, vale... Paro de hacer aspavientos, pero, cariño —me tomó de las manos haciendo que me levantara de la silla en la que estaba sentada—, llevamos cinco días de viaje y aún no te he visto desconectar. Esto que hemos hecho era para dejar atrás todo lo viejo y luego regresar y disfrutar de todo lo nuevo que nos espera en casa. ¡Han pasado ya seis putos meses!

—En *tu* casa —me quejé recordando que desde hacía unas semanas yo ya no tenía casa propia.

Y había sido en ese momento, dos días después de firmar los papeles del divorcio y saber que mi casa ya nunca más me alojaría, pues en ella se había quedado Manuel, cuando Gabriel había plantado delante de mis ojos dos billetes de avión para Estados Unidos.

—También es tu casa —por primera vez se puso serio—; sabes que dentro de mi corazón siempre tendrás tu casa.

—Eres un zalamero —le solté sonriendo de medio lado.

—Te debo descubrir mi verdadero yo.

—A costa de mi amor propio... —Hablábamos de nuestra experiencia sexual conjunta.

—Cariño, el orgasmo contigo fue maravilloso, fantástico, delicioso y un millón de adjetivos más. Tan bonito fue que no quise repetirlo con ninguna otra mujer para no borrar tu recuerdo...

—Me dio un beso en los labios para pasar después a abrazarme.

—Fuiste mi primera vez y aquí estás, aunque ya no me mires como aquel día.

—Teníamos veinte años, demasiado tarde, y estábamos nerviosos, dos rabos de lagartija. —Se separó de mí mirándome a los ojos—. Pero no por ello debemos arrepentirnos.

—Yo no me arrepentí; tú, un poquito... —Le guiñé un ojo.

—Idiota —me palmeó el culo—, fue delicioso, irrepetible. Nunca volveré a hacer nada igual, te lo juro.

—Payaso.

—Vamos, deja esa mierda y vámonos a tomar un buen cóctel. En el club de anoche, en Dupon Circle, es la hora del dos por uno.

—Sólo son las cinco de la tarde —solté quejosa sin poder acostumbrarme al extraño horario americano.

—Levanta el culo de la silla y vamos a divertirnos al estilo Washington —propuso comenzando a bailar de nuevo.

—Tengo hambre —dije sin pensar.

—Pues de camino paramos en una de esas furgonetas de comida y pillamos algo.

—Qué prisas... No tendrá nada que ver con aquel rubio tipo Ken de la Barbie, ¿no? —Le tenía pillado el corte más de lo que él pensaba.

—¡Qué va! —rio de manera escandalosa mientras me daba la mano y echábamos a andar por la calle como una pareja más.